

# ¿Optimismo o pesimismo por los resultados del movimiento unionista?

A los diez años de la primera Asamblea del Consejo  
Ecuménico, Amsterdam 1948

## INTRODUCCION

El 28 de octubre de 1955 tuvo lugar en Ginebra la inauguración de una Exposición misional. Al acto asistieron Monseñor Leontij, Obispo «ortodoxo» ruso, y el profesor Henri d'Espine, presidente de la Federación de las iglesias protestantes de Suiza. Su Excelencia Monseñor François Charrière, Obispo católico de Lausana, Friburgo y Ginebra, después de unas palabras de saludo en las que afirmó que la presencia de aquellas personalidades era un símbolo del anhelo común de buscar todo lo que nos une, narró la siguiente anécdota, recuerdo de sus experiencias apostólicas de simple Sacerdote:

En un campamento de vacaciones encontré una vez a un joven estudiante chino, preso de profunda tristeza. Al preguntarle la causa, me contestó: «No tengo fe, no sé qué creer y, sin embargo, siento que es necesario dar un sentido a la vida. ¿Cuál es el verdadero cristianismo? Estoy totalmente desconcertado, pues el cristianismo está dividido; ¡como un río fatigado por su larga carrera, que forma un delta antes de precipitarse en el infinito del mar!»<sup>1</sup>.

La división entre los cristianos; he aquí uno de los mayores obstáculos para la conversión de los paganos, el problema más angustioso que presenta el mundo religioso que dice seguir a Cristo, desde el día —hace ya más de nueve siglos— en que se consumó la separación de Oriente y Occidente, agudizado hace cuatro al volverse a

---

<sup>1</sup> *Irenikon*, 1955, p. 436-437. En adelante citaremos siempre esta Revista con la sigla *Ir.*

fragmentar el Cristianismo europeo con la Pseudo-Reforma. Problema que ha preocupado siempre a los grandes hombres de todas las confesiones religiosas<sup>2</sup>; pero que a partir de los primeros años de este siglo se ha hecho el gran problema de hoy, cuya resolución buscan anhelosamente todos los cristianos. Bastaría recordar los diversos movimientos que han surgido, sobre todo desde el Congreso internacional de Edimburgo en 1910, en particular los dos más importantes «Fe y Constitución» y «Vida y Acción»<sup>3</sup> y que confluyeron por fin en un organismo único internacional, el Consejo Ecuménico de las Iglesias, cuya primera Asamblea universal, preparada en un principio para 1941, tuvo que diferirse, a causa de la guerra mundial para 1948. La segunda reunión internacional se tuvo en Evanston, junto a Chicago en 1954; y se prepara la tercera para 1961 en Ceilán. Europa, América, Asia: es sin duda todo un símbolo de ecumenicidad.

La primera de estas Asambleas —hace exactamente diez años— fué en mucho la más importante, no tanto por el número y representaciones que estuvieron presentes cuanto por su significado<sup>4</sup>:

«Amsterdam fué —nos explica FLOROVSKY, una de las principales figuras del Consejo Ecuménico— un término y un principio. El término de una larga preparación, más larga de lo que se habría podido creer al comienzo y que las peripecias de nuestra turbada época vinieron a complicar; un principio, porque fué creado un nuevo órgano de la conciencia y de la acción ecuménica. El sentido y la significación del Congreso de Amsterdam no se revelan más que en esta perspectiva histórica: es una etapa, un momento de un proceso que no ha terminado todavía»<sup>5</sup>.

Nos encontramos, pues, a los diez años justos de haber comenzado esta nueva etapa y cabe ahora preguntar: recorriendo los principales acontecimientos ecuménicos del período 1948-1958, ¿podemos estar optimistas por sus resultados? Examinaremos en primer lugar las ra-

<sup>2</sup> Aparece ya este anhelo en el epistolario cruzado entre Crammer, Arzobispo anglicano y Melancthon, Calvino, etc. Cf. FRUSCIONE, S. J., *Fisionomía del movimiento ecuménico*: CivCatt 1950, 2, p. 254-255.

<sup>3</sup> Como es natural no podemos dar en este trabajo ni tan sólo una somera idea de toda la labor unionista que precedió al Congreso ecuménico de Amsterdam. Puede verse en las diversas historias publicadas sobre este asunto. Una de las más completas es sin duda la de THILS, *Histoire doctrinale du Mouvement oecuménique*, Louvain 1955.

<sup>4</sup> A la apertura asistió la Reina Juliana de Holanda y el Ministro de Cultos (católico). 1.500 fueron los participantes al Congreso; estuvieron representados 43 países y 150 iglesias; de ellas la gran mayoría protestantes; sólo 25 representantes de los 85 que se habían previsto pertenecían a iglesias «ortodoxas». Faltaban, por causas bien distintas, la Iglesia católica-romana y los «ortodoxos» rusos. Cf. THILS, *o. c.*, p. 85 ss.

<sup>5</sup> *Id.* 1949, p. 5.

zones para un sano optimismo. Veremos a continuación el contrapeso de las dificultades que nos harían inclinar al pesimismo; y propon-dremos finalmente la única solución posible, a nuestro juicio, y que es en síntesis optimismo en el pesimismo.

Que la Asamblea de Amsterdam fué un acontecimiento histórico que despertó una catarata de optimismo es evidente. La excelente revista ecuménica católica «Irenikon», fuente principal que hemos uti-lizado en nuestro trabajo, da cuenta de estas impresiones optimistas <sup>6</sup> :

«Por primera vez desde la Reforma existe ahora un Cuerpo per-manente que puede hablar al mundo en nombre de la cristiandad no romana. Hay, pues, desde ahora un lugar donde los cristianos de todas las razas, nacionalidades y ambientes eclesiásticos pueden encontrarse, discutir tanto sus puntos de acuerdo como sus diferencias más profun-das, en la paz y en la caridad, sobre la base de una común lealtad a Jesucristo» <sup>7</sup>.

«Se tenía la impresión de que Dios estaba en esta obra, en medio de los trabajos de la Asamblea» <sup>8</sup>.

«Fué tan importante esta Asamblea, que nadie puede gloriarse de haberse dado plenamente cuenta de todo lo que ha pasado en Ams-terdam» <sup>9</sup>.

También bastantes católicos compartieron, por lo menos en parte, tales optimismos; y así la Constitución del Consejo Ecuménico de las Iglesias la considera el P. Rouquette, S. I., «uno de los hechos más trascendentes de la historia de las almas desde la separación de la cris-tiandad» <sup>10</sup>.

Sin embargo, estos acentos tan optimistas fueron perdiendo entu-siasmo; y a los diez años una de las mejores revistas protestantes que favorecen decididamente el ecumenismo, «Verbum Caro», escribía en su Editorial:

«Muchos obreros de la unidad cristiana piensan que hemos llegado a un punto muerto; después de la guerra había señales de una unidad en marcha; actualmente estos signos se desvanecen. El celo por una causa cuya consecución aparece demasiado lejana se enfría en muchos cristianos. Las grandes conferencias ecuménicas no romanas que han precedido y seguido la última guerra mundial han suscitado esperanzas inmensas en su preparación y desarrollo. Pero hoy fieles de diversas iglesias, que esperaban resultados tangibles, que esperaban por lo me-nos poder rogar con otros cristianos, caen en una cierta indiferencia respecto al ecumenismo. ¿Hemos entrado en un camino sin salida?» <sup>11</sup>.

<sup>6</sup> Ir 1949, p. 69-72 y 185-188.

<sup>7</sup> Ir 1949, p. 69.

<sup>8</sup> Ir 1949, p. 70.

<sup>9</sup> En «The Ecumenical Review», cit. por Ir 1949, p. 71.

<sup>10</sup> Etudes 1948, vol. 258, p. 16.

<sup>11</sup> Verbum Caro 1958, p. 1.

Este texto de 1958, de un tenor tan diverso de los que hemos citado antes, nos hace ver elocuentemente con cuánta razón se plantea el problema. ¿Hay que esperar, o hay que desesperar de las realizaciones del Consejo Ecuménico en favor de la unidad cristiana? ¿Podemos ser optimistas respecto al ideal «ut omnes unum sint»?

## I

## RAZONES PARA EL OPTIMISMO

1. *Mayor conocimiento de los fundamentos bíblicos de la unidad*

Quien compare el estado actual de las grandes ramas cristianas no católicas —protestantes de las más diversas tendencias, anglicanos y orientales separados— con el que tenían hace cincuenta años, se dará pronto cuenta que hay no pocas razones para dar gracias a Dios. De un modo particular en el campo protestante las tendencias racionalistas, tan de moda a finales del siglo pasado y comienzos del actual, han quedado en general superadas. El tipo de protestantes a lo Harnack o a lo Sabatier que hacía del Cristianismo una historia racionalista ha quedado muy atrás. Los grandes teólogos protestantes de hoy, un Karl Barth, un Rudolf Bultmann, un Oscar Cullman, un Jean-Louis Leuba, quieren construir toda su Teología sobre el dato revelado. El último de los que acabo citar, en un artículo aparecido a principios de este año 1958 sobre la tarea actual de la Teología protestante, constataba que los trabajos de los teólogos de hoy llamados dialécticos han hecho patente «que los resultados de la investigación histórica no podían dar más que conjeturas más o menos verosímiles, sobre las que es ilusorio pretender fundar una certeza definitiva. Y han echado por los suelos —prosigue— el postulado liberal de que el conocimiento científico podía llegar hasta la realidad que la fe pretende alcanzar»<sup>12</sup>.

Ahora bien, esta profundización en el dato revelado ha sido el camino que ha conducido al protestantismo a tener por intolerable las divisiones del cristianismo que antes eran miradas con indiferencia —a lo menos por muchos— y a buscar intensamente algún camino de unidad. He aquí cómo expresaba esta angustia ante la división Roger Schutz, Fundador y primer Prior de la Comunidad protestante de Taizé, en Francia:

«La conciencia de la cristiandad hoy se siente estremecida hasta lo más profundo por las divisiones de los cristianos. Nos damos cuenta

<sup>12</sup> LEUBA, *La tâche actuelle de la théologie protestante*: VerbCar 1958, página 54.

de que el mundo tiene derecho a reírse de nosotros, que tan fácilmente confesamos un Dios de amor y nos menospreciamos mutuamente, a pesar de ser hijos de un mismo Padre»<sup>13</sup>.

Así se comprenderá perfectamente que bajo el título «La unidad de la Iglesia, aventura del siglo XX» se hayan escrito, a raíz del Congreso de Amsterdam, estas líneas que podría suscribir el católico más fervoroso:

«Y ya que todo parece indicar que nuestro siglo será fiel [a Dios] en la medida en que considere a la Iglesia en su Unidad visible y orgánica, tal como el Nuevo Testamento nos lo revela, se comprenderá... cómo esta fidelidad exige de nuestra parte sumisión a la Palabra de Dios, amor a la verdad, caridad fraterna, comprensión, paciencia, inteligencia, voluntad. Y oración también, ya que nada consigue tanto como la oración»<sup>14</sup>.

En la Asamblea general de Amsterdam se estudió a fondo esta unidad querida por Jesucristo. Naturalmente, las diversas creencias religiosas de los teólogos que intervinieron motivaron diversas interpretaciones.

Aulen y Craig creen que basta una unidad fundada en el mensaje de Jesucristo, sin uniformidad de doctrina ni de Teología<sup>15</sup>; Barth parece que da un paso más y supone una unidad y uniformidad de doctrina, aunque sin ningún vínculo de autoridad<sup>16</sup>. En cambio, Gregg (anglicano) y Florovsky («ortodoxo») ponen como requisito necesario una autoridad en los sucesores de los apóstoles<sup>17</sup>. Aparece ya claramente aquí —no podía suceder de otra manera— la oposición entre la tendencia llamada «protestante» y la «católica» punto crucial de la dificultad ecuménica y de la que ya hablaremos más despacio en la segunda parte. Pero por lo menos todos ellos en una u otra forma supo-

<sup>13</sup> «Unitas», ed. ital. maggio-giugno 1954, p. 13 o en VerbCar 1957, página 3.

<sup>14</sup> J. J. VON ALLMEN en VerbCar dic. 1948, cit. por Ir 1949, p. 187.

<sup>15</sup> AULEN GUSTAF, Obispo luterano de Strängnäs en Suecia; CRAIG CLARENCE, Decano de la Iglesia metodista de Estados Unidos. Pueden verse las cinco conferencias en el primer volumen de los Documentos de la Asamblea de Amsterdam, publicados (cinco volúmenes) bajo el título general «Désordre de l'homme et dessein de Dieu», ed. Delachaux et Niestlé, Neuchatel-Paris.

En adelante los citaremos DocAmst, añadiendo el número del volumen. Las ideas indicadas en el texto de Aulen, cf. DocAmst I, p. 38, de Craig DocAmst I, p. 55.

<sup>16</sup> DocAmst I, p. 97.

<sup>17</sup> De Gregg id., p. 88-89; de Florovsky id., p. 63. Cf. sobre las ideas de Amsterdam acerca de la unidad de la Iglesia el estudio de D. AGUSTÍN DOMÍNGUEZ AMIGO, PBRO., *El Ministerio y la unidad de la Iglesia en el Ecumenismo*, en el Anuario de la XII Semana Española de Teología, Madrid, Consejo Sup. de Invest. Cient. 1953.

nen que la Iglesia, Cuerpo de Cristo, es la única realidad en la que se puede encontrar la unidad que Cristo quiere en sus seguidores. Así lo expresan de mil maneras las relaciones oficiales de Amsterdam:

«Nosotros nos reunimos porque creemos que la Iglesia de Jesucristo es la más alta de las realidades terrestres y que nosotros pertenecemos a ella»<sup>18</sup>. «La Iglesia es el lugar donde la eternidad encuentra al tiempo y donde la historia toma sentido, pues en ella es donde Dios se digna morar entre nosotros, donde el hombre todavía hoy encuentra la Palabra, hecha carne en otro tiempo»<sup>19</sup>. «Nosotros proclamamos que la esperanza del mundo descansa en la Iglesia, porque sola la esperanza del hombre está en el amor de Dios y la Iglesia es el lugar humano donde el hombre responde a este amor»<sup>20</sup>.

Después de Amsterdam los teólogos del movimiento ecuménico han seguido por este camino intentando profundizar en el conocimiento de la unidad querida por Cristo y buscan cómo poder justificar de alguna manera este desorden del hombre ante el designio de Dios (para hablar con los términos usados en Amsterdam), es decir, se esfuerzan en querer dar a la unidad postulada por Jesucristo un aspecto puramente espiritual, reconociendo que los hombres hemos de hacer lo que podamos para «exteriorizarla». Así el conocido teólogo luterano, Obispo de Lund (Suecia), Anders Nygren tiene buen cuidado de indicarnos el verdadero significado que a su juicio tiene la frase «buscar la unidad». Significa únicamente que la unidad ya existente por voluntad de Cristo «debe llegar a enmarcar la vida de las Comunidades eclesíásticas y encontrar en ellas su expresión exterior y perceptible. La unidad de la Iglesia —prosigue— no es obra humana, sino la obra de Dios, del Espíritu Santo»<sup>21</sup>.

Ya veremos en la segunda parte el equívoco que encierra esta manera de expresarse. Con todo no deja de ser consolador el ver cómo los teólogos protestantes de hoy van dándose cuenta de la necesidad de identificar el Cuerpo de Cristo de que habla San Pablo con una Iglesia visible. Así lo dice abiertamente A. Fridrichsen: «La Iglesia no es una abstracción o una realidad mística que planea por encima de nuestras comunidades... El Nuevo Testamento no conoce ninguna Iglesia invisible, fuera de la Iglesia del cielo»<sup>22</sup>. Y el Profesor Skydsgard de

<sup>18</sup> DocAmst I, p. 13.

<sup>19</sup> DocAmst I, p. 14.

<sup>20</sup> DocAmst I, p. 15.

<sup>21</sup> NYGREN, *L'unité de l'Église*, en «Revue d'Histoire et de Philosophie religieuses» 1957, p. 283.

<sup>22</sup> Citado por REFOUTÉ FRANÇOIS, O. P.: Ir 1955, p. 14. Un año antes de Amsterdam había ya escrito BOEGNER, una de las mayores autoridades del Protestantismo actual: «Que lo queramos o no, la Sda. Escritura nos habla de una sola Iglesia de Cristo, cuya unidad visible forma parte esencial del

Copenhague resume así las razones por las que es imposible dividir la Iglesia:

«De la misma manera que no hay más que un Cristo, una cruz, una resurrección, así no hay más que una comunidad, un cuerpo, un bautismo, una eucaristía en donde todos pueden encontrarse. Asimismo no hay más que un Espíritu Santo que crea la unidad y la comunión. Por eso no puede haber iglesias o confesiones separadas, cada una con sus profesiones de fe y su mesa eucarística»<sup>23</sup>.

Sin duda es este Espíritu Santo en quien creen firmemente nuestros hermanos separados el que les inspira estas páginas de las que parece deberían deducir unas consecuencias trascendentales en orden a la unidad verdadera. Pero estas consecuencias, que a nosotros nos parecen tan lógicas, ¡son tan difíciles de sacar en el ambiente que les rodea! Por eso nos llamará menos la atención que el último teólogo citado pueda haber escrito a continuación del párrafo antes citado: «Pero lo que según la voluntad de Cristo era una imposibilidad, hoy de hecho ha venido a ser una realidad entre nosotros»<sup>24</sup>. ¿Cómo no ver que si para la voluntad de Cristo era una imposibilidad tal división, según la voluntad de Cristo sólo una de estas Iglesias que se llaman «cristianas», la que se conserva indivisa, puede ser la verdadera? A pesar de tales incongruencias hemos de dar gracias al Señor de que este conocimiento más profundo de la voluntad de Cristo, «ut omnes unum sint», les conduzca a un anhelo cada vez mayor de unidad. Y la nostalgia de la unidad —dice en frase feliz otro teólogo protestante, Jacques Courvoisier—, no es todavía la unidad, falta mucho, pero es ciertamente su camino»<sup>25</sup>.

## 2. La oración por la unidad cristiana.

A este mayor conocimiento de los fundamentos bíblicos de la unidad, debe añadirse la importancia cada día mayor que dan nuestros hermanos separados a la oración para conseguir del Señor esta gracia.

Desde 1948 se va extendiendo por todas las iglesias protestantes cada vez más la práctica de la Semana de oraciones por la unidad del 18 al 25 de enero. En la segunda Asamblea general del Consejo ecuménico, Evanston, 1954, se recomendó esta práctica a todas las Iglesias miembros del Consejo<sup>26</sup>. Cada año la Comisión de «Fe y Cons-

testimonio que ella debe dar del Señor». *Le problème de l'unité chrétienne*, París 1947.

<sup>23</sup> Ir 1955, p. 15, 16.

<sup>24</sup> Ir 1955, p. 16, nota.

<sup>25</sup> En *Catholicism et Protestantisme face a face*: VerbCar 1954, p. 131.

<sup>26</sup> Cf. la detallada relación de esta Asamblea en «Documentation Catholique» 1954, col. 1313-1335. La recomendación de la Semana de oraciones por la unión en col. 1318.

titución» publica una serie de peticiones particulares para cada día de la semana de la unidad. Véanse algunas de ellas: «Roguemos para que todos los cristianos puedan en verdad desear la unidad de la Iglesia de Jesucristo y para que Dios les haga capaces de crecer juntos en esta unidad»<sup>27</sup>. «Roguemos por los cristianos de las iglesias divididas que están empeñados en esta obra común; para que su celo no disminuya; que su unidad en la acción los conduzca a la unidad en la adoración y en la fe»<sup>28</sup>.

En Inglaterra, en 1956, representantes de comunidades anglicanas y de pastores metodistas, congregacionistas y otras confesiones religiosas acordaron la creación de una Conferencia consultiva, cuya tarea sería fomentar la oración por la unidad, principalmente del 18 al 25 de enero. Como medios se señalan la publicación de artículos en periódicos, propaganda en revistas ilustradas y la producción y distribución de escritos acomodados a las diversas confesiones cristianas<sup>29</sup>.

Para 1957 el Comité permanente del Consejo ecuménico propuso una serie de oraciones preciosas a base de pasajes de la Sagrada Escritura y de Santos Padres, que con pequeñísimas modificaciones podrían ser repetidas con mucho fruto espiritual por los mismos católicos. Consisten de seis partes: Preparación, Adoración y Acción de gracias, Acto de arrepentimiento, Intercesión, Invocación por la unidad y Oración final. No puedo resistir a la tentación de transcribir, por lo menos, esta oración final:

«Señor, Dios nuestro, Tú has establecido en la tierra como en el cielo una sola Iglesia, en la verdad y en el amor por el Espíritu Santo; una sola familia, una sola comunidad, cuyo templo es el Cordero divino; un solo cuerpo indivisible aquí abajo y en el más allá: el Cuerpo de tu Hijo bienamado. — Oh Jesús, que eres «Dios con nosotros»: Tú eres el fundamento y la piedra angular de tu Iglesia, Tú eres la Cabeza y la Vida de este Cuerpo. Oh Tú, a quien nosotros hemos visto y tocado, Tú, a quien nosotros conocemos por la fe, Tú la Verdad eterna y el eterno Amor que se derrama sobre nosotros por el Espíritu Santo. — Padre celeste, todas las almas son tuyas: únelas en la unidad, condúcenos a la única Verdad. Unenos los unos a los otros por tu solo amor. Haznos perfectos por tu solo y único Espíritu. Concédenos el don de tu paz. En la Iglesia una, dispuesta en medio de nosotros por tu gracia. Que la paz de Dios sea con todos nosotros. Amén»<sup>30</sup>.

En algunas naciones en que hay grupos numerosos de diversas confesiones cristianas se va introduciendo celebrar esta Semana de la

<sup>27</sup> Intenciones para la Semana de la unión de 1955, cf. Ir 1954, p. 478.

<sup>28</sup> Id. para 1956, Ir 1955, p. 444.

<sup>29</sup> Ir 1956, p. 195.

<sup>30</sup> VerbCar 1957, p. 24-27.

unión con la intervención de representantes de cada una de ellas. Así en Francia se tuvo en Lille, en 1949, una Asamblea presidida por el Cardenal Liénart que tenía a ambos lados al Arcipreste «ortodoxo» y a un pastor protestante <sup>31</sup>. En 1951 en plena semana de la unión se tuvo el domingo 21 de enero en Nôtre Dame de París una Liturgia en el rito oriental católico de San Juan Crisóstomo y por la tarde, en la Catedral episcopaliana americana, un servicio ecuménico con intervención de católicos debidamente autorizados en la que tomó la palabra el célebre Pastor, alma del movimiento ecuménico, Boegner <sup>32</sup>. Actos semejantes tienen lugar todos los años en diferentes partes de Francia, Bélgica y Alemania sobre todo <sup>33</sup>.

### 3. Las comunidades religiosas entre los protestantes.

Las oraciones por la unidad se elevan especialmente fervorosas cuando salen de las Comunidades religiosas. Y en estos últimos años han surgido varias en el seno mismo del protestantismo. ¿Quién hubiera podido prever, cuando Lutero y sus secuaces perseguían tan encarnizadamente la vida religiosa <sup>34</sup>, que con el tiempo deberían fundarse entre los protestantes comunidades religiosas con los tres votos, dedicadas totalmente a la vida de oración y de trabajo?

El P. Boyer, S. I., director de la revista «Unitas» hace la presentación de un artículo que publicaba en 1954 de Fray Roger Schutz prior de Taizé, con estas palabras:

«En Taizé (Francia) hay un buen grupo de jóvenes calvinistas que han emprendido la vida común con los tres votos de pobreza, celibato perpetuo y obediencia a la Comunidad. Las páginas siguientes han sido escritas por el fundador y prior de esta Comunidad. Aparece en ellas el deseo de la unidad y se describe en ellas un método casi del todo semejante al nuestro» <sup>35</sup>.

<sup>31</sup> Ir 1949, p. 174.

<sup>32</sup> Ir 1951, p. 71.

<sup>33</sup> Cf. las crónicas de Irenikon a partir de 1949 bajo el título «Relations interconfesionales». No han faltado, con todo, incidentes desagradables que muestran cómo no carecen fácilmente de peligro tales reuniones. Así en 1956 debía celebrarse en Bristol un «meeting» de esta clase en el que debían tomar parte un anglicano y un orador católico. El Obispo católico declinó la invitación del Obispo anglicano por temor de malentendidos. El «Church Times» del 22 de enero daba cuenta del incidente bajo el título «Los católicos romanos boicotean una reunión».

<sup>34</sup> Todo el libro *De votis monasticis Martini Lutheri iudicium* (Obras, ed. Weimar, t. VIII, p. 573-669) va contra la vida religiosa. Véanse, como muestra, estas líneas de la «Summa» final: «Cum abunde satis dictum sit, hoc vitae genus pugnare cum Evangelio... simul evidentissimum est, eiusmodi vota esse nulla, illicita, impia et Evangelio pugnantia» (l. c., p. 688).

<sup>35</sup> «Unitas», ed. ital. maggio-giugno 1954, p. 13; para mayor conoci-

En Grandchamp junto al lado de Neuchâtel otra comunidad religiosa, ésta de mujeres, comenzada hacia 1940, vive una intensa vida de oración. Y a medida que va incrementándose, se precisa más la vocación unionista de las hermanas que es descrita en estos términos:

«La Comunidad se desarrolla en el suelo de la Reforma y es profundamente evangélica. Pero sufre por la escisión del Cuerpo de Cristo y se une ardentemente a la oración de Cristo: Que sean unos... Las hermanas ruegan y trabajan para que la Iglesia vuelva a encontrar su unidad en Cristo, su Señor. Desde hace años Grandchamp ha venido a ser el lugar acogedor para conversaciones interconfesionales. Teólogos y Sacerdotes de Iglesias anglicanas, luteranas, ortodoxas y romanas han rezado juntos en Grandchamp y han tenido fraternales coloquios»<sup>36</sup>.

Otra Comunidad de tipo especial, perteneciente a la Iglesia presbiteriana escocesa florece en la isla de Iona a unas 50 millas de la costa occidental de Escocia. En esta isla, santificada en otro tiempo por San Columbano y en la que hubo monasterios católicos muy florecientes hasta que la Pseudo-Reforma del siglo XVI acabó con todos ellos, viven ahora durante el verano en comunidad unos hermanos dedicados a la oración, estudio, lectura de la Biblia y reconstrucción del Monasterio. Son de dos clases: clérigos y laicos. El resto del año lo pasan dedicados al trabajo pastoral los primeros y al manual los segundos en los suburbios de las ciudades fabriles de Escocia. A diferencia de los hermanos de Taizé no viven ligados por votos algunos; pero deben observar ciertas prescripciones y dar siempre un tiempo determinado a la oración y lectura de la Biblia. Tienen una práctica característica y es el ministerio de la curación de los enfermos «divine healing», que fundan en que al escogerse Nuestro Señor los apóstoles los envió no solamente a predicar, sino también a curar a los enfermos. Cada miércoles los miembros celebran un «ministerio de la curación», es decir, rezan ciertas oraciones para pedir por la salud de los enfermos cuyos nombres les envían los devotos de esta Comunidad. Trabajan también y oran por la unión de las Iglesias<sup>37</sup>.

#### 4. Realizaciones parciales de unidad

A las razones apuntadas hasta aquí podrían añadirse las uniones o intentos de unión realizados entre diversas confesiones cristianas. Es cierto que la experiencia de estos diez años ha mostrado que es un

---

miento de la vida de esta Comunidad, cf. VILLAIN MAURICE, *La Communauté protestante de Chuny*: Ir 1946, p. 152-167.

<sup>36</sup> Ir 1955, p. 100-102.

<sup>37</sup> Ir 1956, p. 371-389. Cf. también BIOT, O. P., *La renaissance de communautés «cenobitiques» dans le protestantisme contemporain*: Istina 1956, p. 286-304.

trabajo erizado de dificultades; pero por lo menos son un índice de esta inquietud, de este no quedar tranquilo ante el hecho de las divisiones, cosa sin duda muy buena y que puede fomentar también nuestro optimismo. Indiquemos algunos de estos acontecimientos unionistas en el período 1948-1958.

Congreso en Beyrouth, en 1955, bajo los auspicios del departamento de la Juventud del Consejo Ecuménico. Su fin se definió así: estudiar los nuevos problemas comunes y promover las relaciones fraternales entre los cristianos divididos del Oriente <sup>38</sup>.

En París se conmemoró este mismo año el centenario de la Unión de jóvenes cristianos (U. C. S. G.). Se concentraron 12.000 de ellos del 16 al 22 de agosto. Se definió esta Asamblea como un movimiento cristiano laico destinado a trabajar en plena cooperación con todas las Iglesias y que buscaba no solamente una mejor comprensión entre los cristianos de diferentes denominaciones, sino realizar la existencia de una sola Iglesia sobre la tierra <sup>39</sup>.

Los movimientos que buscan la unidad entre las confesiones religiosas de un modo que podríamos llamar más oficial son de muy diversa índole. Así, por ejemplo, en Estados Unidos se constituyó con un sentido más bien de orden práctico en 1949, una Conferencia por la unión de las Iglesias que comprendía a unos 16.000.000 de miembros, metodistas, presbiterianos, congregacionalistas, discípulos de Cristo y otros. A los cinco años publicaron un proyecto de unificación cuya conclusión fué que «en la vasta perspectiva de la escena del mundo y comparadas a las profundas convicciones y preocupaciones que nos son comunes, nuestras diferencias parciales son relativamente poco importantes» (!) <sup>40</sup>.

Un excelente resultado ha conseguido, sin duda, en orden a alguna unión doctrinal la Federación Luterana mundial que tiende a reunir en su seno a todas las confesiones luteranas existentes y que en agosto de 1957, al celebrar su tercera Asamblea plenaria en Minneápolis (Estados Unidos), comprendía 61 iglesias con un total de 50.000.000 de luteranos de los 70.000.000 que existen actualmente en todo el mundo. Verdad es que la base doctrinal que exige es sumamente amplia: la adhesión a toda la Sagrada Escritura y al pequeño Catecismo de Lutero de 1529 y a la Confesión de Ausburgo de 1530 <sup>41</sup>. Las iglesias anglicanas, por su parte, se han esforzado en procurar varias uniones parciales: con los luteranos escandinavos <sup>42</sup>, con los llamados viejo-

<sup>38</sup> Ir 1955, p. 305.

<sup>39</sup> Ir 1955, p. 325-326.

<sup>40</sup> Ir 1955, p. 97.

<sup>41</sup> Cf. Bior, O. P., *La troisième assemblée plénière...*: Istina 1958, pp. 215-226.

<sup>42</sup> Ir 1954, p. 472; 1955, p. 97.

católicos<sup>43</sup>; las iglesias anglicanas del Canadá con la Iglesia unida de la misma Nación<sup>44</sup>; tentativas de acercamiento —generalmente con poco resultado— de los anglicanos con los llamados ortodoxos<sup>45</sup>; la célebre unión de la Iglesia anglicana de la India del Sur con las confesiones protestantes no episcopalianas y que tantas protestas había de levantar<sup>46</sup>; finalmente la unión entre anglicanos y presbiterianos de Inglaterra y Escocia (es decir, la unión de la mayoría episcopaliana y minoría presbiteriana de Inglaterra con la mayoría presbiteriana y minoría episcopaliana de Escocia) iniciada en 1956, que ha suscitado también mucha resistencia y de cuyo resultado final es todavía prematuro dar un juicio<sup>47</sup>.

Entre los orientales separados, tan encerrados hasta hace poco en sus territorios, han comenzado también a surgir tendencias unionistas para trascender estos nacionalismos<sup>48</sup>.

Es interesante hacer notar que en 1957 se reunieron en Dinamarca dirigentes de 35 iglesias europeas a fin de fortificar, mediante una intensa colaboración, los lazos que existen entre estas iglesias de Europa pertenecientes al Consejo ecuménico y de favorecer todo intercambio de ideas entre Oriente y Occidente. Se prevé la formación de un Consejo europeo de las iglesias que podría ser un organismo local del Consejo ecuménico<sup>49</sup>.

La sola enumeración de estos esfuerzos realizados, sin duda laudables y que muestran la buena voluntad de cumplir el deseo de unidad de Jesucristo, produce en el ánimo del católico que sabe cuál es el único verdadero camino una sensación de tristeza. «Domine, ut videant!»<sup>50</sup>.

<sup>43</sup> Ir 1957, p. 443.

<sup>44</sup> Ir 1954, p. 472-473.

<sup>45</sup> Ir 1956, p. 201 y 225. LIALNE, *Anglicanisme et Orthodoxie*: Istina 1956, pp. 32-81.

<sup>46</sup> En cada volumen de Ir a partir de 1952 se encontrará alguna relación sobre este punto. Una mirada de conjunto, en el artículo del P. Bouyer: Istina 1955, pp. 215-237.

<sup>47</sup> Conversaciones previas del 24 al 26 de agosto 1956 (relación en Ir 1956, página 427). Resultado final de las conversaciones: declaración de abril de 1957 en que se afirma haberse llegado a una unificación de ministerios entre las dos Iglesias. «No se pretende establecer una sola Iglesia en Gran Bretaña, sino una Iglesia anglicana y una Iglesia de Escocia en plena comunicación la una con la otra, dentro de la unidad de la sola Iglesia de Cristo» (Ir 1957, página 229).

<sup>48</sup> Cf. por ejemplo, Ir 1953, p. 168-171; 1955, pp. 110-111; «Unitas», maggio-giugno 1954, p. 20-21.

<sup>49</sup> Ir 1957, p. 322.

<sup>50</sup> En un Congreso de Iglesias anglicanas (en Minneapolis, 1954) al que asistieron 657 delegados de 325 diócesis distintas se afirmó que «ser anglicano es unir en sí en una correlación viviente la tradición católica y la tradición protestante»: (Ir 1954, p. 473). Sin embargo los fracasos ocurridos ¿no muestran suficientemente la imposibilidad de tal «unión»?

### 5. Reuniones interconfesionales con la Iglesia católica

En estos conatos de unión, ¿interviene la Iglesia católica romana? Ya estudiaremos más adelante la posición de nuestra Iglesia, la única posible, comprensiva y llena de caridad en lo que puede conceder, santamente intransigente en lo que no puede; posición que, como acabamos de insinuar al final del párrafo anterior, es la única que puede conducir a solucionar el angustioso problema de la unidad. Desde la publicación de la instrucción «Ecclesia catholica» de diciembre de 1949 en que se concedía a los Ordinarios pudieran permitir la asistencia de los católicos a reuniones privadas ecuménicas, en determinadas condiciones<sup>51</sup>, fueron celebrándose algunas de dichas reuniones, sobre todo con ocasión de la Semana por la unión y de las que ya hemos presentado algún ejemplo en el párrafo segundo. También muestra el deseo de comprensión mutua el hecho de que en revistas católicas, como «Irenikon», «Istina» y «Unitas» se publiquen algunos escritos de cristianos no católicos<sup>52</sup>, mientras revistas protestantes, como «Verbum Caro» ofrece también a sus lectores artículos de autores católicos<sup>53</sup>.

Citemos siquiera alguna de estas reuniones interconfesionales: Conversaciones ecuménicas entre teólogos luteranos católicos y «ortodoxos» en Schleswig (Alemania) del 14 al 24 de julio de 1953<sup>54</sup>; Asamblea de ochenta periodistas católicos y protestantes en una antigua Abadía de Sajonia sobre el tema «Confesión y Política, confesión y tolerancia» en 1955<sup>55</sup>; Congreso de Liturgia, organizado por el Instituto de Teología «ortodoxa» de San Sergio de París, julio de 1955 en el que tuvieron ponencias varios liturgistas católicos<sup>56</sup>; diversas reuniones de la «Una Sancta», movimiento unionista de los católicos alemanes<sup>57</sup>.

Más resonancia quizá tuvo en orden a fomentar la buena comprensión entre católicos y protestantes el hecho que en el «Katholikentag» de Berlín, en agosto de 1952 el Arzobispo de Munich, Dr. Wendel fuera huésped del Obispo luterano Dr. Dibelius, presidente de la Iglesia evangélica alemana. Un representante oficial de dicha Iglesia, el Doctor Kraynig, pronunció en esta Asamblea, la mayor manifestación

<sup>51</sup> Cf AAS 1950, p. 142 ss.

<sup>52</sup> Véase por ejemplo el artículo del Prior de la Comunidad protestante de Taizé en «Unitas» 1954, l. c. y en «Irenikon», «Istina», con frecuencia se encontrarán escritos de cristianos separados.

<sup>53</sup> Por ejemplo en VerbCar enero 1958, un artículo del P. Gustave Marcelet, Profesor en la Facultad de Teología de Fourvière (Lyon).

<sup>54</sup> Ir 1953, p. 310-314.

<sup>55</sup> Ir 1955, p. 93.

<sup>56</sup> Ir 1955, p. 331.

<sup>57</sup> Ir 1955, p. 319.

pública anual del Catolicismo alemán, un discurso sobre la unión muy bien recibido por todos<sup>58</sup>.

Tres años y medio después, en enero de 1956, el Dr. Dibelius era recibido en audiencia por S. S. Pío XII. El Pastor Asmussen escribió que desde la separación ocurrida hacía 400 años nada había que se pudiera comparar ni remotamente en importancia a esta visita. Y aunque provocó no pocas protestas en varios sectores luteranos, sin embargo, un grupo numeroso vió en este hecho «un gesto soberano de libertad evangélica»<sup>59</sup>.

#### 6. *Mayor aprecio de la Iglesia católica en los demás campos cristianos*

Estas reuniones interconfesionales, de las que acabamos de hablar tan someramente, han contribuido sin duda alguna a fomentar un mayor aprecio de la Iglesia católica entre nuestros hermanos separados y un gran deseo en muchos sectores de ponerse más en contacto con ella.

¡Qué diferentes son, en general, los escritos sobre la Iglesia católica de los protestantes de hoy de los de tiempos pasados! <sup>60</sup>. Sin duda es éste uno de los frutos más tangibles que ha producido el movimiento Ecuménico actual.

En la Asamblea de Amsterdam se lamentó sinceramente el que la Iglesia católica estuviera ausente. El Profesor protestante Kristen E. Skydsgaard tocó el tema «La Iglesia católica-romana y el movimiento ecuménico»<sup>61</sup>. Al publicarse todos los trabajos de Amsterdam se añadió a continuación (otra muestra de atención hacia la Iglesia católica) una «Nota adicional de un católico romano». En ella el P. Maurice Villain escribía: «Estamos agradecidos al Profesor Skydsgaard de que haya interpretado con ojos perspicaces este documento [la Encíclica «Mortalium animos» de Pío XI] y de haber generosamente disculpado a Roma de las acusaciones de orgullo e imperialismo que con esta ocasión se le han dirigido tan frecuentemente»<sup>62</sup>.

Florovsky reconocía que faltaba algo esencial para la ecumenicidad de Amsterdam: «La no participación de esta Iglesia [católica-romana] en la reunión del Consejo ecuménico nos ofrece ocasión para humillarnos cuando hablamos del Consejo mundial como estado ecuménico». Y cuánto necesitaban contar con ella, está implícito en estas otras líneas: «El Espíritu Santo hará sin duda surgir una voz profética que

<sup>58</sup> Ir 1952, p. 394.

<sup>59</sup> Ir 1956, p. 199.

<sup>60</sup> Desgraciadamente no faltan excepciones. De ellas hablaremos después.

<sup>61</sup> DocAmst I, p. 229-249.

<sup>62</sup> DocAmst I, p. 251.

mostrará cómo incluir en el Movimiento a la Iglesia católico-romana»<sup>63</sup>.

Después del Congreso de 1948 tanto en los escritos de índole ecuménica, tan numerosos a lo largo de estos diez años, como en los discursos de las Asambleas tenidas para fomentar la unidad, aparece la preocupación de nuestros hermanos separados por la ausencia de la Iglesia católica, al mismo tiempo que le reconocen en muchas ocasiones su valor indiscutible y le envidian su unidad. Escojamos también unos pocos ejemplos.

Cuando por Navidad de 1949 se publicó la Instrucción «Ecclesia catholica», facilitando las reuniones interconfesionales privadas, surgieron en seguida numerosos comentarios de protestantes y «ortodoxos», que mostraban su complacencia. Entre otros, uno de los teólogos más conocidos del mundo «ortodoxo», el Profesor de la Universidad de Atenas, Alivizatos, alude a la coincidencia, llena de simbolismo, de la apertura de esta puerta con la de la puerta santa para el año jubilar 1950 y continúa: «El que a pesar de las antiguas prohibiciones de ayer se permita este contacto... y que ante el absoluto «Non possumus», se conceda la plegaria común, con la sola indicación de usarse la principal y más hermosa de todas, el «Pater», estos hechos constituyen índices seguros de que comienza un nuevo período de la historia eclesiástica, que será el de la unión, en oposición al precedente, que fué el de la separación»<sup>64</sup>.

El mismo Profesor cinco años más tarde hace una confesión emocionante del cambio que la reflexión y los contactos con católicos han operado en su alma respecto al Catolicismo. «He pasado —dice— del odio feroz a reconocer la necesidad de cultivar relaciones muy estrechas, sinceras y desprovistas de segundas intenciones entre los teólogos de las dos iglesias»<sup>65</sup>.

Con ocasión del IX centenario de la separación de las Iglesias de Oriente y Occidente (1054), Basilio Ch. Ioannidis, otro Profesor, también de Atenas, publicó un artículo de tonos muy conciliadores y se queja de lo poco que se hace en el seno de la «Ortodoxia» para el acercamiento y unión con los católico-romanos. Reconoce la proximidad entre ambas Iglesias... con una sola excepción: «Nosotros —dice— no estamos separados de los católicos romanos por obstáculos insuperables, ya sean dogmáticos, ya sean concernientes a la constitución de la Iglesia, a excepción de la sola cuestión de importancia fundamental: el primado del Papa y en general el espíritu de absolutismo de la Iglesia occidental»<sup>66</sup>.

<sup>63</sup> Ir 1949, p. 24.

<sup>64</sup> Ir 1950, p. 455; otras relaciones en el mismo volumen, pp. 318-322.

<sup>65</sup> Ir 1955, p. 210.

<sup>66</sup> Ir 1954, pp. 200-206.

Los protestantes buscan todavía más el contacto con la Iglesia católica y reconocen sus valores indiscutibles. Así Ernst Kinder, luterano alemán, en la Revista del Consejo ecuménico «The Ecumenical Review» afirma que el encontrarse católicos y protestantes es una obligación ecuménica, porque la Iglesia romana ha conservado, aunque bajo formas extrañas para un protestante, elementos de un cristianismo auténtico <sup>67</sup>.

En el Sínodo general de la Iglesia unida de Alemania (1956) tratan del tema de la tolerancia los Obispos D. Halfmann y H. Dietzfelbinger, quienes hacen alusiones a la Iglesia romana, con un esfuerzo loable para comprender y permanecer «tolerantes», a pesar de las divergencias fundamentales en materia de fe. Insisten en la necesidad de entrar en diálogo con Roma y Dietzfelbinger queda deputado por la dirección de la Iglesia luterana evangélica unida de Alemania para todos los asuntos relacionados con la Iglesia Romana <sup>68</sup>.

Como condición previa para cualquier posible inteligencia reconocen los luteranos la necesidad de un estudio más profundo del Catolicismo romano. A esto se dirigieron los esfuerzos de la Asamblea de la Federación mundial, que tuvo su reunión en 1956 en Minneápolis (Estados Unidos) y que decidió preparar la fundación de un Instituto para el estudio del Catolicismo. Casi simultáneamente el Comité nacional de las iglesias luteranas alemanas planeaba establecer otro Instituto con el mismo fin <sup>69</sup>.

Un medio práctico para este contacto propuso O. Cullmann en una conferencia sobre «Cristianismo primitivo y cuestión ecuménica». Recordando la mutua ayuda cristiana de las Iglesias del Nuevo Testamento en favor de los pobres de Jerusalén, sugiere que cada año se haga una colecta en las Iglesias protestantes en favor de los indigentes católicos y viceversa <sup>70</sup>.

Finalmente no puedo terminar este punto, y con él las razones principales que podrían fomentar nuestro optimismo, sin citar los resultados consoladores que cree advertir, como fruto de los contactos ecuménicos de los protestantes con los católicos, el Prior de la Comunidad evangélica de Taizé, ya citado. Dice que los principales son, entre otros: La información mutua, que ha disipado muchos prejuicios; la santa emulación, que ha impulsado a los católicos a conocer más la Biblia, ante el ejemplo de los protestantes; y a los protestantes a dar más importancia a la liturgia, ante el ejemplo de los católicos; el convertir a los demasiado intransigentes a un estado de mayor abertura <sup>71</sup>.

<sup>67</sup> Citado por Ir 1955, p. 322; traducción francesa del artículo íntegro en «Istina» 1956, pp. 443-451.

<sup>68</sup> Ir 1957, p. 93.

<sup>69</sup> Cf. Istina 1958, p. 220; también Ir 1957, p. 322.

<sup>70</sup> Ir 1957, p. 89.

<sup>71</sup> VerbCar 1956, p. 16-23.

## II

## DIFICULTADES QUE INDUCEN AL PESIMISMO

1. *Reacciones ante la firme posición de la Iglesia católica*

La Iglesia católica, plenamente consciente de su misión, sigue su camino, el camino que Dios le ha trazado. Ella ama con entrañable cariño a sus hijos extraviados y desea verlos cuanto antes en su seno, el seno de la única verdadera Iglesia. Para ello hará todos los sacrificios que sean necesarios, todos... menos uno que jamás se le podrá exigir, porque sería lo mismo que exigirle que renunciara a la misión que Cristo le confió: el ceder una parte, aunque mínima de la verdad. Maravillosamente expuso esta idea un Obispo suizo —los suizos son los hombres a quienes menos se les puede acusar de intransigentes— en un acto al que concurrieron altas jerarquías de las Iglesias separadas. Se trata de Monseñor Charrière, de quien hemos narrado ya una anécdota al comienzo de este trabajo. Y ante católicos, «ortodoxos» y protestantes dijo estas palabras:

«Hemos de buscar acercarnos [a las demás confesiones religiosas] en todo lo que nos puede unir. Hay que alegrarse de estos contactos, sin olvidar con todo lo que nos divide. En vano buscaríamos la confusión en un común denominador, que no podría ser más que un común deformador»<sup>72</sup>.

Dificultad cuya solución parece superar todas las posibilidades humanas: la Iglesia católica no puede ponerse en paridad con las demás confesiones religiosas; y para todo el que no es católico y encuentra una tradición de siglos en sus antepasados, todos ellos de su misma religión, esta posición de intransigencia le parece un acto de soberbia.

Muy poco después de la Asamblea de Amsterdam, el mayor teólogo protestante de la actualidad, Karl Barth, en una respuesta al P. Daniélou, en las páginas de «Reforme» de 23 de octubre de 1948 se permitía ironizar en estos términos:

«Vuestra Iglesia debía necesariamente estar alejada de Amsterdam. Porque no podía sentarse alrededor de la misma mesa con las otras iglesias y deliberar con ellas en perfecta igualdad, con la misma humildad y la misma libertad acerca del problema de la unidad en Cristo... En Amsterdam ninguna iglesia se presentó ante las otras con la pretensión de ser la sola Iglesia salvadora e infalible<sup>73</sup>... Vosotros no

<sup>72</sup> Ir 1955, p. 437.

<sup>73</sup> Al hacer esta afirmación olvidaba sin duda K. Barth la posición de las Iglesias «ortodoxas» presentes en Amsterdam.

hubierais podido sentaros a nuestro lado; os hubierais tenido que colocar en un altísimo trono sobre nuestras cabezas...»<sup>74</sup>.

Otros tólogos protestantes con palabras menos punzantes, pero con acentos no menos enérgicos, han seguido reconociendo, a lo largo de estos diez años, que esta dificultad parecía insoluble.

En 1950 el Obispo luterano Otto Dibelius, de cuya buena voluntad en buscar la unión no puede dudarse, como hemos tenido ocasión de ver, reconoce que actualmente las dos iglesias se encuentra en cierta proximidad, que antes hubiera parecido imposible; pero esto ocurre —añade— entre miembros particulares, no entre las mismas Iglesias. Y prosigue: «Todas las tentativas de unión o acercamiento de orden teológico deben fracasar, a pesar de su apariencia prometedora. No hay más que esta alternativa: o el cristianismo evangélico vencerá al cristianismo católico, o viceversa. Roma y Wittenberg no se acercarán, a menos que se tome el camino de la «Aufklärung», o indiferencia confesional; pero ésta nadie la querrá»<sup>75</sup>.

En este mismo año 1950 dos acontecimientos en el campo católico produjeron reacciones más o menos violentas contra la Iglesia de Roma: la publicación de la Encíclica «*Humani generis*» y la definición dogmática de la Asunción de María. Citemos algunas a modo de ejemplo.

«La encíclica «*Humani generis*» —dijo el Dr. Fisher, Arzobispo de Cantorbery— contiene declaraciones y argumentos tan alejados de la verdad cristiana, tal como la profesan las iglesias no romanas, que su publicación y aplicación no puede hacer otra cosa que aumentar el aislamiento de la Iglesia católica y las dificultades en toda tendencia de acercamiento»<sup>76</sup>.

El pastor Pierre Maury, presidente del Consejo nacional de la Iglesia reformada en Francia, se pregunta si la decisión del Vaticano de definir el dogma de la Asunción no implica la voluntad de hacer infranqueables a las buenas voluntades ecuménicas, tanto de dentro como de fuera de la Iglesia de Roma, las distancias entre los católicos y los demás cristianos<sup>77</sup>.

Y el conocido pastor Marc Boegner dice que las cuestiones planteadas este año de 1950 por la Iglesia romana harán que el Año Santo que debía ser el año del gran retorno sea quizá el de la gran separación<sup>78</sup>.

<sup>74</sup> Citado por FRUSCIONE, S. I., *Luci ed ombre in tema d'ecumenismo e d'unità*: CivCatt 1950, 3, pp. 139-140.

<sup>75</sup> Ir 1950, p. 432.

<sup>76</sup> Ir 1950, p. 423.

<sup>77</sup> Ir 1950, p. 425.

<sup>78</sup> Ir 1950, pp. 422-426; juntamente con otras varias reacciones contra la Iglesia católica con este motivo. La revista protestante y ecumenista «*Verbum Caro*» dedica todo un número a las cuestiones que suscita la definición dogmática de la Asunción. Amplia referencia en Ir 1951, p. 390 ss.

Otros acontecimientos de menor ecumenicidad despertaron también reacciones violentas. Tales fueron, por ejemplo, la consagración del pueblo alemán a la Madre de Dios que se hizo en el «Katholikentag» de Fulda (septiembre 1954)<sup>79</sup>, o la Consagración al Sagrado Corazón del Brasil que tuvo lugar en Río de Janeiro, con ocasión del Congreso Eucarístico Internacional de 1955<sup>80</sup>.

De los recelos de muchos protestantes con respecto a las intenciones de la Iglesia católica en los contactos interconfesionales puede ser una muestra las palabras del Profesor W. Künneth que recomienda cierta reserva acerca del movimiento «Una Sancta», porque «a pesar de toda la benevolencia y honestidad de las personas, cosa de que no dudamos, todo lo que sabemos y hemos experimentado nos hace comprender que, en resumidas cuentas, no se trata sino de un retorno a Roma, que se esfuerzan en ir preparando»<sup>81</sup>.

Las principales acusaciones que hace Roger Schutz a la Iglesia católica, causas a su juicio que hacen retrasar el verdadero ecumenismo, son la provocación que ha ocasionado el desarrollo excesivo de la piedad mariana, la posición política de la Santa Sede, que le preocupa más que la misma doctrina y que el espíritu de sacrificio necesario para una mayor abertura, es difícilmente posible en una Iglesia que cree en su infalibilidad<sup>82</sup>.

Los protestantes de buena voluntad que buscan una mayor comprensión en sus relaciones con la Iglesia católica deben defenderse continuamente de los ataques de sus correligionarios. Ultimamente el grupo de pastores que alrededor del Dr. Hans Asmussen trabajan por este acercamiento han hecho una declaración rechazando la acusación de tener «tendencias catolizantes». Lo que ocurre es —dicen— que hay protestantes que prefieren juntarse con los no cristianos que con los católicos, mientras ellos, por el contrario, abogan por un cristianismo más universal<sup>83</sup>.

Pero las frases más duras contra los católicos suelen provenir —triste es tenerlo que decir— de la Iglesia más cercana a la Católica, de la Iglesia llamada «ortodoxa». No que no hayan también en esta Iglesia conatos de acercamiento a la Iglesia católica: ya hemos mencionado algunos en la primera parte de este trabajo. Pero desgraciadamente no es esto lo más frecuente.

Las acusaciones van casi siempre contra el Papado:

<sup>79</sup> Ir 1954, p. 468.

<sup>80</sup> Ir 1955, pp. 317-318.

<sup>81</sup> Ir 1957, p. 228.

<sup>82</sup> VerbCar 1956, pp. 16-22.

<sup>83</sup> Ir 1957, p. 227.

«Roma continúa armándose con las armas del odio contra toda otra Iglesia de Cristo»<sup>84</sup>. «La Roma de la caridad cristiana, de la inspiración y de la libertad ha dejado de existir»<sup>85</sup>. «El Vaticano se encuentra aún hoy, en pleno siglo XX, con su carácter medieval, de potencia secular, carácter absolutamente extranjero al espíritu de la religión del Salvador»<sup>86</sup>. «Los Papas con las alteraciones e innovaciones que han impuesto y que no fueron enseñadas ni por Cristo ni por los Apóstoles han pervertido la Ortodoxia»<sup>87</sup>.

Estas citas, que podríamos multiplicar, hacen ver claramente lo que los mismos orientales separados por su parte confiesan: que la única dificultad de verdadero peso y completamente infranqueable para ellos es el primado efectivo del Romano Pontífice<sup>88</sup>.

## 2. *¿Ha llegado el Ecumenismo a un punto muerto imposible de superar?*

Indicábamos en la Introducción que los acentos tan optimistas con que, en general, se celebró la primera Asamblea del Consejo Ecu­ménico, fueron perdiendo intensidad, hasta llegar a los diez años a aquella angustiada pregunta de la Editorial de la revista protestante «Verbum Caro» del primer número de 1958: «¿Hemos entrado en un camino sin salida?»

Cierto que la misma revista se esfuerza en levantar los ánimos con un optimismo espiritual, digno de todo elogio<sup>89</sup>. Ni puede consistir dicho optimismo en disimular las diferencias existentes o llegar a afirmar que son «puras insignificancias», como dijo un metropolitano «ortodoxo»<sup>90</sup>. Las diferencias son muy reales y tales que necesariamente harán fracasar los esfuerzos, por otro lado llenos de buena voluntad en muchísimos, mientras no se llegue al único verdadero camino que señala la Iglesia católica. Siguiendo fieles al plan que nos hemos propuesto para este estudio me limitaré a exponer los hechos que me parecen más significativos ocurridos en estos diez años y que hacen ver los «impases» o atolladeros a que conduce el Ecumenismo actual.

<sup>84</sup> Revista «Apostolos Andreas», de 28 dic. 1955; cf. Ir 1956, p. 198.

<sup>85</sup> Profesor León Zander, Ir 1954, p. 323.

<sup>86</sup> Profesor Karmiris en Ekklesia de Atenas, diciembre 1956, Ir 1957, página 91.

<sup>87</sup> Del Manual de Religión en uso en las Escuelas de Grecia, Ir 1956, página 422.

<sup>88</sup> Cf. varios testimonios en Ir 1956, pp. 200-206.

<sup>89</sup> «Sí, estamos en un atolladero; pero no más hoy que hace 25 ó 20 años; quizá ni más ni menos. Un fuego ha sido encendido en el corazón de la Iglesia; y este fuego ciertamente no se extinguirá hasta que la unidad visible de todos en una sola Iglesia sea realizada» VerbCar 1958, p. 1.

<sup>90</sup> Monseñor Panteleimon metropolitano «ortodoxo» de Chío en la Semana de la Unión de 1952. Cf. un extracto de su mensaje en Ir 1952, p. 182.

a) *Irreductibilidad entre las concepciones «católica» y «protestante» dentro del movimiento ecuménista.*

En la misma Asamblea de Amsterdam se vió en seguida y se reconoció que el punto crucial de tensión entre las diversas Iglesias allí reunidas era la mentalidad diametralmente opuesta que existía entre la tendencia llamada «católica» u horizontal que admite la continuidad visible de la Iglesia en la sucesión apostólica del episcopado y la tendencia llamada «protestante» o vertical que deja toda la esencia de la Iglesia a la iniciativa de la Palabra de Dios y la respuesta por la fe; iniciativa y respuesta concretadas en la doctrina de la justificación por la sola fe <sup>91</sup>.

Al haber un predominio muy notable de representantes de la concepción protestante ocurrió lo que era natural que ocurriese: «Una desviación muy marcada —para usar las palabras de un católico especialista en estudios ecuménicos Lialine— hacia el polo protestante <sup>92</sup>.

¿Cuál fué la posición de los «ortodoxos» en esta situación? Florovsky, uno de los más entusiastas de la colaboración al movimiento ecuménico entre ellos —entusiasmo que no fué compartido ni mucho menos por todos los demás orientales separados— dice que debe penetrar el testimonio «católico» en el movimiento ecuménico como «fermento, catalizador, advertencia, freno, veto, o al menos con un *non possumus*» <sup>93</sup>.

Sin embargo, esto que escribía en 1949 el teólogo «ortodoxo», la práctica ha demostrado que conduce a un atolladero, ya que se da una efectividad mínima y aun plena inutilidad de esta acción; y no aparece por ninguna parte ni el fermento, ni el catalizador, ni el freno...; sólo se deja oír con frecuencia el *non possumus* sin ningún otro resultado práctico. Baste recordar lo ocurrido en la segunda asamblea general de Evanston en 1954. Los orientales separados tuvieron que hacer constar su pleno desacuerdo con las conclusiones: No basta creer algunas doctrinas fundamentales, no podemos aceptar que el Espíritu Santo hable por sola la Biblia, la unidad no puede concebirse sin la estructura episcopal; no basta esperar la perfecta unidad para el segundo Advenimiento de Cristo, el arrepentimiento puede darse en cada uno de nosotros, pero no en la Iglesia Cuerpo místico de Cristo inmaculada e infalible... <sup>94</sup>.

Y no sólo en los orientales separados: los cristianos de la Reforma de concepción «católica» se reúnen en 1952 para formar una Liga in-

<sup>91</sup> DocAmst I, p. 305.

<sup>92</sup> Ir 1950, p. 292.

<sup>93</sup> Ir 1949, p. 15. LE GULLOU, O. P., *L'Eglise orthodoxe et le mouvement oecuménique*: Istina 1955, pp. 51-77.

<sup>94</sup> Cf. en la amplia relación del Congreso de Evanston que trae «Documentation-Catholique» 1954, col. 1.330-1.332.

ternacional por la Fe y la Constitución apostólicas (Ilafo), con la que quieren defender los valores católicos tradicionales amenazados en los proyectos de unión <sup>95</sup>.

Otros acontecimientos posteriores demostraron también cuán difícil, por no decir imposible, era conciliar en la práctica estas dos tendencias radicalmente opuestas. Cuando, después de innumerables dificultades, se realiza en la India del Sur la unión de diversas confesiones cristianas de tendencia «protestantes» —iglesias metodista, presbiteriana, congregacionalista— con las anglicanas; y esta unión es aceptada por la iglesia anglicana oficial de Gran Bretaña, las protestas surgen numerosas. El Arzobispo de Cantorbery se esfuerza en vano por aquietarlas; la desilusión de muchos anglicanos de buena fe es enorme y —camino de Dios— conduce a no pocos hacia el Catolicismo <sup>96</sup>. La pretendida unión de las Iglesias presbiterianas y anglicanas de Escocia e Inglaterra está planteando hoy mismo innumerables dificultades. Y es natural que así suceda. ¿Cómo pueden reducirse a unidad dos tendencias que difieren en un punto tan esencial, como es el admitir o no una jerarquía que suceda a los apóstoles en el gobierno de la Iglesia?

b) *Imposibilidad de una unidad de la Iglesia en pluralidad de iglesias.*

Semejante a la anterior es la dificultad que surge entre las confesiones cristianas que admiten que la verdadera Iglesia no está en una determinada de la tierra, sino en el conjunto de todas y las que afirman que sólo una de las actualmente existentes es la verdadera Iglesia.

Para conseguir una amplia base en la que se pudieran superar todas las diferencias, el Comité Central del Consejo ecuménico reunido en Toronto en 1950 declaró que no se pide a ninguna de las iglesias miembros ni el reconocer que las otras sean a sus ojos iglesias verdaderas, ni tan sólo el renunciar a la creencia de ser la única verdadera iglesia con tal que se reconociese en las otras por lo menos elementos de la verdadera Iglesia <sup>97</sup>. Pero en la práctica, ¿qué clase de verdadera unidad puede darse entre estas concepciones antagónicas? ¿No es natural que una Iglesia que cree ser ella la única verdadera Iglesia, así ocurre con la oriental separada, declare, como lo hizo últimamente en la Asamblea de «Fe y Constitución» celebrada en Oberlin, Ohio, en septiembre de 1957, que «la Una santa» es la Iglesia Ortodoxa y sólo en su seno los otros grupos cristianos pueden encontrar la unidad? <sup>98</sup>.

<sup>95</sup> Ir 1953, p. 192; 1954, pp. 474-475.

<sup>96</sup> Ir 1955, pp. 320, 439-441. Un resumen claro de toda esta cuestión, así como de las declaraciones del célebre «Pastor anglicanus» que tanta resonancia tuvieron en la Prensa de Inglaterra puede verse en «Sal Terrae», 1956, pp. 20-23. Cf. también la nota 46.

<sup>97</sup> LIALINE, *Nowelles précisions sur le Conseil oecuménique des Eglises*: Ir 1951, pp. 37-54.

<sup>98</sup> Ir 1957, p. 446.

También entre los protestantes estrictos hay algunos que niegan rotundamente pueda hallarse la verdadera Iglesia en un conjunto de iglesias. Una de las figuras más relevantes del luteranismo sueco, el Obispo de Lund, Anders Nygren, escribía en una pastoral al año siguiente del Congreso de Amsterdam que como no puede haber más que un Cristo, así no puede haber más que un Cuerpo de Cristo; y esta verdadera Iglesia será la que lleve el mensaje evangélico en toda su pureza; y él cree que esta Iglesia es la suya <sup>99</sup>.

En cambio la mayoría de los protestantes ecumenistas se esfuerzan en querer demostrar que la «Una Sancta» es algo ideal que no coincide con ninguna de las iglesias existentes. «Nosotros estábamos en Amsterdam —dice K. Barth— los unos ante los otros como simples denominaciones» <sup>100</sup>. Y Craig en su estudio sobre la Iglesia del Congreso de Amsterdam insiste en que la Iglesia es el cuerpo de Cristo y el cuerpo es la manifestación viviente de la unidad en la diversidad <sup>101</sup>; y llega a decir con una clara alusión a la Iglesia católica: «Solamente el sectarismo más ciego se atreve a declarar que puesto que la mano no es ojo, no es ella parte del cuerpo. Si la catolicidad significa integridad, la Iglesia encontrará su unidad no en la uniformidad, sino en la diversidad» <sup>102</sup>. Salta a la vista el equívoco que encierran estas líneas.

Aun en el seno de una Iglesia de tendencia horizontal o «católica», como es la anglicana, su Primado el Arzobispo de Cantorbery, Dr. Fischer, propugna como ideal una unidad de todas las iglesias en la que cada uno conserve su personalidad plena, hasta el punto de llamar «terrible peligro» el que «todos fuéramos uno» <sup>103</sup>.

El problema angustiante que se presenta al Ecumenismo, en cuyo seno existen tendencias tan diversas y aun contrarias, es éste: ¿Basta una unidad de colaboración entre diversas Iglesias que se mantengan en completa independencia o hay que llegar a una unidad doctrinal y litúrgica sacrificando algo de la manera peculiar de ser de cada una de las confesiones unidas? Y si admitimos esto último, ¿hasta qué punto? ¿Basta, por ejemplo en la parte dogmática, una fe común en unos pocos artículos fundamentales?

Diversos acontecimientos ocurridos en este decenio muestran cómo este problema permanece sin solución.

Al instituirse el Consejo ecuménico mundial surge como reacción violenta el Consejo Internacional de las iglesias cristianas (I. C. C. C.), una confederación para «la defensa del protestantismo en peligro» <sup>104</sup>.

<sup>99</sup> Ir 1950, pp. 229-231.

<sup>100</sup> Citado por FRUSCIONE en art. antes cit. de CivCatt 1950, 3 p. 140.

<sup>101</sup> DocAmst I, p. 54.

<sup>102</sup> DocAmst I, p. 55.

<sup>103</sup> Ir 1957, p. 444.

<sup>104</sup> Ir 1949, p. 323; 1950, p. 442.

En Toronto el Comité central del Consejo ecuménico declara que no pretende él de ninguna manera ser una *Super Iglesia* que absorba las otras; pretende solamente ser un «terreno en que puedan encontrarse» un «parloir aux Eglises», facilitando los cambios de vista, en una atmósfera de confianza recíproca<sup>105</sup>. Mas los recelos mutuos no desaparecen y en agosto de 1951 se reúne en Holanda la Asociación nacional de evangélicos, con participación de Iglesias protestantes de 27 países. Y esta Asociación pretende servir de puente o enlace entre el Consejo ecuménico y el I. C. C. C.<sup>106</sup>.

Por otra parte, los miembros del Consejo ecuménico que podríamos llamar más ortodoxos insisten en la necesidad de una base común doctrinal y litúrgica. En Lund 1952 la Asamblea mundial de «Fe y Constitución» busca una unidad mínima de doctrina y se quiere llegar también a una inter-comunión. Pero surge en seguida la dificultad: ¿en qué medida y en qué condiciones miembros de confesiones tan distintas y que creen tan diversamente sobre la Santa Cena pueden participar juntos en ella?<sup>107</sup>.

c) *Ineficacia del Consejo ecuménico para conseguir la unidad.*

Los esfuerzos y la buena voluntad de los creadores y principales miembros del Consejo ecuménico no pueden ponerse en duda. Se ha trabajado muchísimo con interés y abnegación por la Unidad y merecen estos hombres por ello el agradecimiento de todos los cristianos; y muchos de los frutos tangibles, de los que hemos hablado en la primera parte de este estudio, se deben sin duda a la labor del Consejo. Pero la naturaleza del mismo, impuesta quizá por las circunstancias tan difíciles en que se encuentra al querer conciliar tendencias tan opuestas, hace que no se pueda esperar de él con demasiado optimismo la unidad tan deseada por todos. Esto que nosotros

<sup>105</sup> Cf. LIALINE, art. cit. en Ir 1951, pp. 37-54.

<sup>106</sup> Ir 1951, p. 492.

<sup>107</sup> Cf. LIALINE, *Le Mouvement «Foi et Constitution» à l'étape «Lund 1952»*: Ir 1953, pp. 146-161; 256-282. Un buen resumen en «Vie Spirituelle» 1953, p. 98 ss. Ya en Amsterdam se tuvieron diversos «Servicios religiosos» con intercomuniones más o menos restringidas. El 29 de agosto la organizada por la Iglesia Reformada de los Países Bajos: todos los miembros de las Iglesias bautizadas y comunicantes en su propia Iglesia fueron invitados a participar del sacramento. El 30 fué organizada por la Iglesia anglicana: sólo los miembros de las Iglesias anglicanas o que practicasen con ella la intercomunión recibieron la comunión. «Les autres membres de la conférence furent les bienvenus». El 31, organizada por la Iglesia «ortodoxa»: sólo fueron admitidos a la Comunión los miembros de su Iglesia; los demás invitados a asociarse con la oración. Finalmente el primero de septiembre un servicio de la santa Cena según el rito luterano; fueron admitidos todos los bautizados, comunicantes en sus Iglesias y deseosos de recibir el Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor Jesucristo: DocAmst V, pp. 18-19.

los católicos sabemos muy bien, porque sabemos que sólo con un retorno de los separados al único redil de Cristo, la Santa Iglesia católica Romana, puede conseguirse dicha unidad, la misma historia de este período 1948-1958 lo muestra suficientemente.

Las funciones del Consejo ecuménico según los estatutos de su fundación son los siguientes:

«I. Proseguir la obra de los dos movimientos «Fe y Constitución» y «Cristianismo práctico». II. Facilitar la acción común de las Iglesias. III. Promover el estudio común. IV. Desarrollar la conciencia ecuménica entre los fieles de todas las Iglesias. V. Establecer relaciones con las alianzas confesionales de un carácter universal y con los otros movimientos ecuménicos. VI. Convocar sobre algún tema particular, cuando las circunstancias lo pidan, conferencias de carácter universal... VII. Sostener a las Iglesias en sus tareas de evangelización».

Y sobre su Autoridad se dice:

«Podrá el Consejo obrar en nombre de las Iglesias miembros en los casos en que una o varias de ellas le confieran la responsabilidad y tendrá autoridad para convocar conferencias regionales y universales sobre materias particulares, cuando las circunstancias lo pidieren. El Consejo ecuménico no podrá legislar para las Iglesias, ni obrar a su nombre, fuera del caso arriba indicado, o en casos especificados ulteriormente por las Iglesias que lo constituyen»<sup>108</sup>.

Por esta relación de la constitución del Consejo ecuménico de las Iglesias, aprobado en Amsterdam el 30 de agosto de 1948, ya se ve claramente que no es un órgano de gobierno que tenga verdadera autoridad sobre las Iglesias miembros del mismo. Los mismos prohombres que lo constituyeron, como Florovsky y su Secretario general Visser't Hooft, no cesan de repetírnoslo<sup>109</sup>. Ahora bien, en el mundo de la diversidad, cual es el mundo religioso de las Confesiones que se adhirieron al Consejo ecuménico, ¿qué eficacia puede tener un órgano que sea solamente «un lugar para cambiar impresiones», «un portavoz de las diversas Iglesias»? Que esta difícil posición del Consejo se sentía en Amsterdam lo muestra bien el hecho de que, a pesar del horror común a una centralización jurídica futura, el Dr. J. Mackay confesó en las discusiones que se debería admitir que «bajo el

<sup>108</sup> DocAmst V, pp. 258-259.

<sup>109</sup> Por ejemplo Florovsky lo define como «un órgano de consulta y colaboración, un lugar para el intercambio de ideas; y que hay que valorarlo entre las categorías dinámicas más que entre las estáticas». (*L'Assemblée d'Amsterdam*, Ir 1949, pp. 5-25). Y Visser't Hooft dice que el Consejo ecuménico debe estar siempre a punto para servir de portavoz a la Iglesia Universal (Ir 1950, p. 157).

impulso del Espíritu de Dios podría nacer una especie de cuadro eclesiástico que permitiese incluir una gran diversidad de formas de Iglesias»<sup>110</sup>.

Palabras de este estilo suscitaron la suspicacia de no pocas Iglesias miembros, que temieron perder su independencia. Para tranquilizarlas vino en 1950 la declaración del Comité Central, reunido en Toronto en este año; pero ni consiguió plenamente su objetivo ni agradó a muchos la expresión conciliadora que todas las Iglesias debían ver en las otras las «*vestigia Ecclesiae*», parte por lo menos de la Iglesia verdadera<sup>111</sup>. El Dr. Craig, en un artículo en la «*Ecumenical Review*» de abril de 1951, se queja de que haya sido mal recibido este párrafo, lo cual tacha de una «arrogancia insoportable» y se pregunta si «este equilibrio inestable en el seno del Consejo se podrá mantener largo tiempo, pues el mutuo reconocerse sin reticencias es esencial para una real unidad»<sup>112</sup>.

En 1952, en una reunión de delegados de 29 Iglesias americanas miembros del Consejo ecuménico, su Secretario general, Visser't Hooft, tuvo que aludir a las reacciones que se habían presentado contra el Consejo. Se le acusaba —dijo— de haber hecho perder vitalidad al movimiento ecuménico al quitarle espontaneidad. Las actitudes antieclesiales deben tenerse en cuenta, prosiguió; pero no nos excusaremos de haber enraizado el Consejo en las Iglesias. Con todo demostraremos que al darle una base eclesiástica no hemos hecho de él una institución<sup>113</sup>.

Tomkins, Secretario de la Comisión de «Fe y Constitución», afirmaba por el mismo tiempo que «el Consejo ecuménico tenía alguna deuda con respecto a Roma... Para unos Roma es una advertencia para no llegar a ser lo que ella es; para otros es una continua tentación de huir ante *nuestras disensiones intolerables* y adherirse a lo que en todo caso es una forma de unidad... A nuestros ojos, a pesar de las contradicciones en que nosotros la vemos [a la Iglesia de Roma], es un continuo recordar al Consejo que *hablar de una unidad en Cristo no es hablar de un ideal abstracto*, sino de una cosa que debe expresarse en la historia, en carne y sangre... *Roma se presenta ante nuestros débiles esfuerzos como una unidad concreta* y que por consiguiente es imposible ignorar»<sup>114</sup>.

Quien atentamente meditare los subrayados de estas declaraciones,

<sup>110</sup> DocAmst V, p. 175.

<sup>111</sup> LIALINE, *Nouvelles précisions...* Ir 1951, pp. 37-54. HAMER, O. P., *Qu'est, théologiquement, a ses propres yeux le Conseil oecuménique des Eglises?*: Istina 1954, pp. 389-407.

<sup>112</sup> Ir 1951, p. 225.

<sup>113</sup> Ir 1952, p. 190. Cf. también Istina 1956, pp. 358-368.

<sup>114</sup> Ir 1952, p. 192. Los subrayados son nuestros.

¿no advertirá una confesión muy clara de la ineficacia del Consejo ecuménico?

Finalmente otra declaración del Dr. Visser't Hooft, ésta en 1956, sale al encuentro de los que dicen que el Consejo ecuménico hacía demasiada «Teología». Afirma, por el contrario, que «será necesario consagrar más tiempo al estudio de los problemas teológicos planteados por la vida del Consejo ecuménico»<sup>115</sup>.

En efecto, su actividad ¿no había dado excesiva preferencia a problemas de orden económico, político, social —ciertamente muy dignos de tenerse en cuenta —pero que no conducen directamente a solucionar el problema fundamental de la unidad?<sup>116</sup>. Por eso sin duda afirmó en otra ocasión Visser't Hooft: «Nosotros tenemos necesidad de una Teología de la situación anormal en que nos encontramos hoy... ¿Cómo expresar con precisión la realidad espiritual que existe en el movimiento ecuménico?»<sup>117</sup>.

d) *Unidad puramente espiritual o unidad visible, opiniones contradictorias.*

Ante el cúmulo tal de dificultades que hemos ido examinando hasta aquí, la solución que apuntan, cada día con más insistencia, las Iglesias protestantes miembros del Consejo ecuménico es admitir que aquel «desordre de l'homme» de nuestras divisiones, que la Asamblea de Amsterdam propuso como antítesis del «dessein de Dieu» de la unidad querida en Cristo<sup>118</sup> no era en realidad tal. La unidad de la Iglesia existe y ha existido siempre y es independiente de las divisiones de los hombres porque es una unidad puramente espiritual, la unidad no obra de los hombres, sino la obra de Dios.

Dos testimonios, escogidos entre muchos, probarán esta tendencia actual cada vez más marcada.

En la «*Ecumenical Review*» de julio de 1955, J. C. G. Kotze, Pastor de la Iglesia reformada holandesa del Africa del sur, afirma que la unidad de los cristianos en Cristo es de orden puramente espiritual, independiente de las formas constitucionales, que las divisiones de los cristianos no le afectan en nada. Esta unidad no debe, pues, ser por-

<sup>115</sup> Ir 1956, p. 318.

<sup>116</sup> Por ejemplo en Evanston se trató de la estructura y función del Estado, problemas de la vida económica, tensión entre comunistas y no comunistas, la bomba atómica, la coexistencia, la moralidad internacional, el ministerio de los laicos, fe cristiana y trabajo, etc. (Cf. DocCath 1954, col. 1.316-1.328.)

<sup>117</sup> Ir 1952, p. 403.

<sup>118</sup> Cf. DocAmst I Introduction pp. 9-11 y «Rapport de la Section I» en el mismo vol. pp. 303-312.

ducida, sino que ha de descubrirse, aceptarse y practicarse; ésta es nuestra vocación <sup>119</sup>.

El Obispo luterano de Lund, Anders Nygren, escribía en un artículo a finales del pasado año 1957: «La Iglesia es una por esencia. El que nosotros busquemos la unidad significa únicamente que una unidad ya dada debe llegar a enmarcar la vida de las Comunidades eclesíásticas y encontrar una expresión exterior y perceptible.» La consecuencia de esta afirmación es clara: rechazar toda pretensión que implique el que *nosotros* podamos realizar la unidad de la Iglesia. «El punto de partida de los esfuerzos ecuménicos no es —añade— la diversidad de las Iglesias y el término no debe ser la victoria sobre las divisiones mediante la institución de una especie de super-organización eclesíástica que comprenda todas las diferentes «Iglesias». Tal obra sería una obra humana; ahora bien, la Iglesia no es una obra humana, sino la obra de Dios, la obra del Espíritu Santo» <sup>120</sup>.

No es difícil refutar el equívoco que encierran estas afirmaciones, pues es bien claro que la Iglesia es obra de Dios, pero instituida entre los hombres y por voluntad de Cristo con una autoridad humana bajo la especial asistencia divina. Sólo una reflexión: estas afirmaciones, ¿no son indirectamente al menos un acto de reconocimiento de que han sido estériles todos los esfuerzos del Ecumenismo en orden a conseguir la unidad? El Congreso de Amsterdam pedía un arrepentimiento por nuestras divisiones y un esfuerzo por superarlas. Hoy día una de las grandes figuras del movimiento ecuménico nos dice que estas divisiones no afectan para nada la unidad de la Iglesia... ¿No parece que no podemos mirar con excesivo optimismo los resultados de la Asamblea de Amsterdam a los diez años de su celebración?

## EPILOGO

### OPTIMISMO EN EL PESIMISMO

Es cierto que, psicológicamente considerado, este acercamiento de amistad y de acción común, que hemos recordado en la primera parte de nuestro trabajo, es un factor que puede ayudar muchísimo, aun en un plano meramente natural, a la unidad tan deseada de todos los cristianos. Sin embargo, triste es tenerlo que decir, este factor queda prácticamente neutralizado por las muchas dificultades de las que hemos hablado en la segunda parte. El eminente teólogo protestante Oscar Cullmann, en una conferencia tenida en París el 6 de marzo de este

<sup>119</sup> Citado en Ir 1955, p. 322.

<sup>120</sup> En «Revue d'Histoire et de Philosophie religieuses» (publicada por la Facultad de Teología protestante de Strasbourg), t. 37 (1957) p. 283.

año 1958, afirmó categóricamente que desde un punto de vista meramente humano la unión entre católicos y protestantes es hoy imposible. Por más sinceros que sean —añadía— de una y otra parte los esfuerzos hacia la unidad, la concepción misma de unidad en ambos campos es diametralmente opuesta; y para cada uno de ellos esta concepción es parte integrante de su fe <sup>121</sup>.

Y sin embargo creemos sinceramente, a pesar de todo, que el optimismo, esta disposición de ánimo tan cristiana, es la única que debemos adoptar: un optimismo fundado en el mismo pesimismo de los resultados humanos, porque —repito la afirmación del Obispo de Lund poco antes citada, pero en un sentido muy distinto— «La unidad de la Iglesia no es obra humana, sino la obra de Dios, la obra del Espíritu Santo».

«Cuando en una dolorosa crucifixión interior, este movimiento positivo hacia una unidad real tiene conciencia de su impotencia para conseguirla, entonces es una oración viviente que llama a grandes voces la intervención gratuita y creadora de Dios. Se parece al pueblo de Israel, puesto entre el deber absoluto de cumplir la ley y la imposibilidad de cumplirla. El Apóstol San Pablo ve en esto una pedagogía divina. Esta dolorosa impotencia es la que ha llamado a Cristo y la salvación a la tierra» <sup>122</sup>.

Esta intervención de Dios ha de impetrarse por la oración. Y en el pesimismo de los resultados humanos conseguidos hasta ahora brilla como segura esperanza la luz esplendorosa de la promesa de Cristo a la oración: «En verdad os digo, que si dos de vosotros se concertaren sobre la tierra acerca de cualquier cosa que pidan, les será otorgada por mi Padre que está en los cielos» <sup>123</sup>.

Y cada vez son más numerosas y fervorosas las oraciones por la unión en todos los campos cristianos. Hemos visto en la primera parte de este estudio cómo los protestantes van celebrando cada año con mayor fervor la Semana de oraciones por la Unión e incluso hemos saboreado alguna de sus oraciones. Es mucho de desear que los católicos no nos quedemos atrás en este movimiento de oraciones por causa tan santa. En la diócesis de Lyon el número de folletos, hojas volantes, etc., para la propaganda de esta Semana de oraciones, del 18 al 25 de enero, pasó de 220.000 ejemplares en 1956 a 430.000 en 1957 <sup>124</sup>. Hermoso ejemplo, digno de imitación.

Sin duda el fervor notable de la diócesis de Lyon en este respecto

<sup>121</sup> Cf. Informations catholiques internationales del 15-3-1958, p. 16.

<sup>122</sup> ROUQUETTE, S. I.; *La première Assemblée du Conseil Oecuménique, Amsterdam 1948*: Etudes vol. 261 (1949) p. 21.

<sup>123</sup> Mt 18, 29.

<sup>124</sup> Ir 1957, p. 88.

se debe en gran parte a un Apóstol extraordinario que Dios suscitó en ella, l'abbé Paul Couturier (1881-1953), un hombre en el que Dios hizo su obra, precisamente porque humanamente parecía el menos apto para ella. Profesor de matemáticas durante largos años, sólo en edad ya muy madura, pero con entusiasmo de joven, comenzó su obra ecuménista católica<sup>125</sup>. Su muerte fué llorada lo mismo por los católicos que por los cristianos separados. Ante el féretro de este hombre sencillo y humilde el Pastor Roland de Pury pronunció estas palabras: «En nombre mío personal, en nombre de muchos pastores de la Iglesia reformada, en nombre del Consejo ecuménico, en nombre de los hermanos de Taizé..., en nombre de todos los protestantes que han tenido el privilegio de tratar o conocer al abbé Couturier, quiero recordar aquí a este gran hermano nuestro que nos deja el ejemplo de una paciencia infatigable, de una caridad incansable en este ideal tan claro y misterioso a la vez: la unidad de todos los que tienen por único Señor a Jesucristo.» Y ya en el cementerio M. Alexandre de Weymarn, venido expresamente de Ginebra para representar al Consejo ecuménico, pronunció este adiós conmovedor: «El que nos ha dejado era una personalidad única: un gran cristiano, un verdadero Sacerdote... Que la causa ecuménica haya encontrado en la Iglesia Romana un promotor tan egregio ha sido una bendición tanto para esta Iglesia como para todas las comunidades cristianas separadas. Su obra está indisolublemente unida al ideal ecuménico, que cada día llama más la atención de la conciencia cristiana»<sup>126</sup>.

Este caso extraordinario no es evidentemente único: la causa de la unidad ha hecho vibrar los corazones de muchos apóstoles, tanto clérigos como seglares. En los dos Congresos internacionales del Apostolado de los seglares tenidos hasta el presente en Roma, octubre de 1951 y de 1957, se elevaron peticiones de que se fomentaran cada día más los trabajos en favor de la unión, mediante un mayor conocimiento de los problemas de nuestros hermanos separados y estableciendo, bajo la vigilancia de la Jerarquía, los diálogos ecuménicos conducentes<sup>127</sup>.

Entre los medios para el mejor conocimiento de estos problemas merece citarse el Instituto Johann Adam Moehler de Padeborn creado para estos fines: a) investigar y exponer científicamente las doctrinas, culto, organización y vida de las confesiones cristianas separadas; b) exponer la fe católica en toda su plenitud, como respuesta a las cuestiones de los reformados; c) cuidar de transmitir ayuda de carácter científico a los que están empleados en el ministerio de las almas<sup>128</sup>.

<sup>125</sup> Cf. D. O. ROUSSEAU, *Un gran apòtre de l'Unité chrétienne: l'Abbé Paul Couturier*: Ir 1957, pp. 60-68. Biografía completa por MAURICE VILLAIN, *L'Abbé Paul Couturier, Apòtre de l'Unité Chrétienne*, Tournai, 1957.

<sup>126</sup> Ir 1957, p. 61.

<sup>127</sup> Ir 1951, p. 480; 1957, pp. 437-438.

<sup>128</sup> Ir 1957, p. 94.

Otro ejemplo que convendría fuera imitado en muchas partes. La refutación de un error sin un previo conocimiento lo más perfecto posible del mismo puede ser no sólo ineficaz, sino incluso contraproducente.

Por fin, hoy día, cuando la facilidad inmensa de comunicaciones hace que cualquier acontecimiento sea conocido inmediatamente a muchos miles de kilómetros y, por otra parte, la caridad se ensalza sobre todas las demás virtudes —a veces con equívocos lamentables—, es necesario tener muy presente que el odio al error ha de ir unido con una gran caridad para con los que yerran, como tantas veces han dicho los Romanos Pontífices. Creo que hoy día serán aceptadas por todos las ideas que se proponían a principios de este año en una Editorial, ya antes citada, de la revista protestante «Verbum Caro»:

«La Teología es necesaria para precisar nuestra inteligencia de la verdad. Pero, ¿cómo una Teología al servicio del Dios del amor podrá conducirnos a la Verdad, si no se ejercita en la caridad?... También en Teología hay una primacía de la caridad y mientras nuestra caridad no incluya un verdadero amor para todos nuestros hermanos cristianos, no podremos esperar marchar por el camino que conduce a la Verdad total»<sup>129</sup>.

En resumen: por parte de los católicos la oración fervorosa, unida a la que también practican, por la misericordia de Dios, muchos separados de buena fe, el espíritu apostólico en pro de la unidad, sin claudicaciones, pero lleno de caridad, humildad, paciencia y abnegación, unido todo ello a un mayor conocimiento de los problemas del mundo cristiano no católico; y por parte de nuestros hermanos separados la triste experiencia de los atolladeros en que ha desembocado el movimiento ecuménico actual, a pesar de toda la buena voluntad de muchos, como hemos visto en la segunda parte de este trabajo, tales son los medios que han de preparar el camino a la sola unidad posible; tales son las razones que han de alentar nuestro optimismo, aun dentro del pesimismo de los resultados hasta ahora logrados.

Cuando los esfuerzos ecuménicos se multipliquen hasta el agotamiento de sus recursos, exacerbando el anhelo universal de unión sin conseguir satisfacerlo —terminaré con estas acertadas palabras del Rdo. P. Llamera, O. P.<sup>130</sup>—, entonces verán todos lo que ahora es ya fácil de ver desde el observatorio de la verdad: que Roma es la única posibilidad de unión; que la unidad requiere un punto fijo de referencia, un criterio, un centro; ¡que la unidad es ROMA!

Facultad de Teología de S. Cugat del Vallés, agosto 1958.

IGNACIO RIUDOR, S. I.

<sup>129</sup> VerbCar 1958, p. 2.

<sup>130</sup> MARCELIANO LLAMERA, O. P., *Legitimidad del ecumenismo católico*, en el anuario de la XII Semana española de Teología, p. 322.